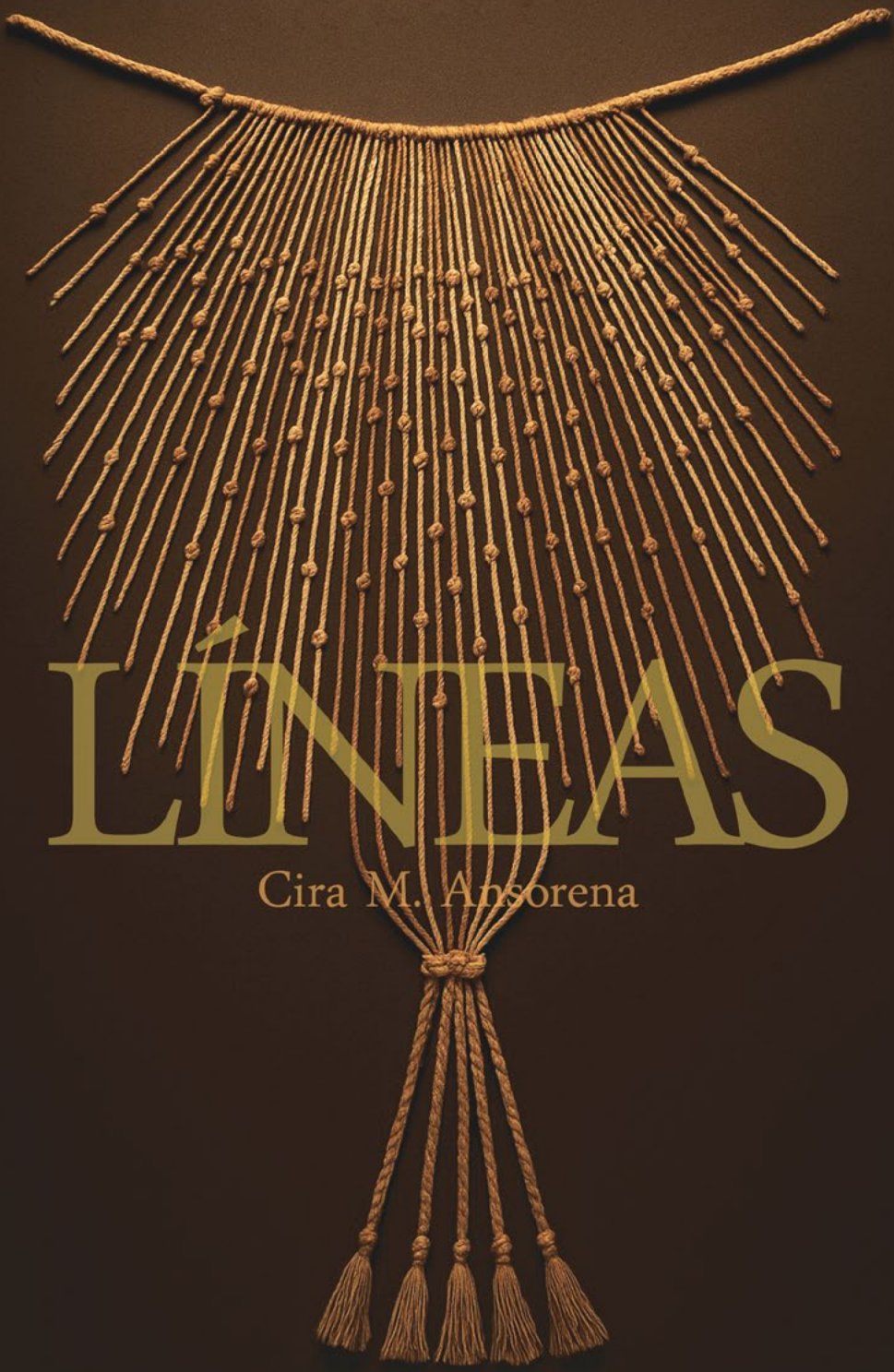




LÍNEAS

Cira M. Ansorena

Líneas

Cira Mozos Ansorena

Líneas

Kosmovisiones acknowledges the Traditional Owners of the Country on which this book was created, the Wurundjeri People of the Kulin Nation, and pays respect to their Elders past, present, and emerging.

www.kosmovisiones.com

Kosmovisiones

Melbourne, Australia

© Cira María Mozos Ansorena 2026

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida, en forma alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación u otros, sin la autorización previa tanto de la titular de los derechos de autor como de la editorial.

LÍNEAS

Primera edición publicada por Kosmovisiones, 2025

ISBN 978-1-7641445-4-4 (tapa blanda)

ISBN 978-1-7641445-3-7 (tapa dura)

ISBN 978-1-7641445-5-1 (eBook)

Existe un registro catalográfico de este libro disponible en la Biblioteca Nacional de Australia.

NUDOS

NUDO I.....	9
LA LÍNEA QUE SE ABRE	
NUDO II.....	45
EL ESPEJO Y LA GRIETA	
NUDO III.....	63
LA FRACTURA DEL CENTRO	
NUDO IV.....	71
LA MEMORIA VIVA	
NUDO V.....	85
EL PUNTO QUE OBSERVA	
NUDO VI.....	93
EL CRUCE DESDE DENTRO	
NUDO VII.....	111
AYNI	
NUDO VIII.....	131
TAMBO	
NUDO IX.....	151
EL REFLEJO QUE EL SISTEMA NO VE	

NUDO X	165
EL BORDE	
NUDO XI	183
EL INSTANTE QUE SE REPITE PARA SER VISTO	
NUDO XII	193
DONDE LOS PACHAS SE CRUZAN.	
NUDO XIII	205
EL ESPEJO DEL QUIPU	
NUDO XIV	217
EL PUENTE ENTRE LOS TIEMPOS	
NUDO XV	221
AYLLU	
NUDO XVI	229
EL LLAMADO DEL VACÍO	
NUDO XVII	247
WIÑAYPACHA	
NUDO XVIII	253
CHAWPI	
NUDO XIX	261
EL UMBRAL ENTRE MUNDOS	
NUDO XX	269
PUNKU	
NUDO XXI	291
EL NUEVO NUDO DEL QUIPU	
NUDO XXII	297
YUYANA	

*No estamos solos.
Somos hilos de un mismo quipu.*

NUDO I

LA LÍNEA QUE SE ABRE

El grito de un pájaro despertó a Ikan. El muchacho se levantó rápidamente por el mensaje transmitido por el ave y salió de la cabaña. El sentimiento de que tenía la oportunidad de engancharse a otro viaje de poder lo invadió de inmediato.

El primer temblor bajo sus pies lo impulsó a correr, y con una determinación inquebrantable, alcanzó una saliente rocosa que se alzaba sobre el mar. Allí se detuvo y respiró profundamente el aire impregnado de salitre y electricidad. Los rayos quebraban el horizonte, iluminando brevemente las sombras que se cernían sobre las Reservas Exteriores. Como si se tratara de un ritual ancestral, abrió las manos y las posó lentamente sobre la tierra humedecida. Moviéndose con cuidado una roca pesada, y al hacerlo, sus ojos se fijaron en la *quena* que descansaba debajo. Y la miró entonces, con reverencia y humildad. Al sentir el permiso de esta, la acogió con exaltación entre sus manos.

El sabor a caña entonó su aliento, e Ikan, con determinación, extrajo de la flauta un nuevo sonido mientras transmitía con la profunda melodía su *intento* al viento. De pronto, un fuerte temblor recorrió sus pies descalzos y el muchacho se tambaleó mientras observaba cómo algunos peñascos se

desprendían y caían por el acentuado abismo hasta caer en el océano.

Ikan, presenciando cómo la tormenta rugía cercana, continuó tocando la quena, sintiéndose parte de todo aquel caos que se cernía sobre las Reservas Exteriores. Allí en el acantilado, comprobó si tenía suficiente poder para sostener toda aquella batalla, haciendo del sonido un puente entre los mundos. La tierra misma le respondió con lejanos ecos.

De repente, Ikan observó cómo, de entre las rocas, surgía —con forma esférica— un dispositivo de vigilancia. Realizando un vertiginoso giro, la bola metálica se posicionó a la altura del chico y lo observó con sus múltiples lentes. Otro inesperado movimiento sísmico sacudió el rocoso relieve y, en ese preciso instante, aprovechando la oportunidad, Ikan agarró con rapidez una roca cercana y la lanzó sin piedad contra la bola vigilante. El impacto fue un golpe seco: la cámara cayó y se sumergió entre las coléricas olas.

Volvió a llevar la quena a sus labios y continuó tocándola. Sus ojos desafiantes se alzaron hacia las luces lejanas del Sector B, que brillaban como una amenaza constante. *Son como esas nubes negras, pesadas, opresoras, que cubren el horizonte de las Reservas Exteriores como una tempestad de dominio tecnológico*, pensó.

Desde un punto más alto, Elías observaba en silencio. Su porte sereno y su mirada profunda revelaban la sabiduría de una vida transitada en la búsqueda de comprensión y conocimiento. En medio del rugido del viento y del trueno distante, Elías percibió algo más: un latido profundo y constante, como si la tormenta fuera el tambor del cosmos resonando en las grietas del velo que separaba los diferentes *Pachas* —esos hilos invisibles donde pasado, presente y posibilidad se tocan en espiral.

Cuando sintió el tercer temblor, supo que el nocturno espectáculo había llegado a su fin. Y con un gesto pausado, sacó

una pluma de cóndor que llevaba consigo y la soltó al viento como un símbolo de gratitud y de aceptación de su papel en el tejido del tiempo. Bajó con calma hasta donde estaba el muchacho.

—Ikan —dijo con voz grave pero cercana—, estamos reunidos en la cueva. Nuna quiere que te unas a la asamblea, sabe que has tocado la quena.

Ikan, con la quena como instrumento de comunión con el misterio, supo que con ese sonido se había unido a un cambio en las corrientes de la realidad. A pesar de que aún no podía vislumbrar el propósito en su totalidad, de algo estaba seguro: en aquella batalla había ganado suficiente poder para otro encuentro con lo desconocido.



La tarde le daba paso a una bandada de nubes que se cernían sobre el horizonte del Sector B y que amenazaban con sus colores sombríos una noche húmeda y fría.

Naran observó entre los edificios cómo la tímida luz invernal se diluía. Caminaba despacio, con los pasos cargados por las horas deambulando entre callejuelas empedradas. En una mano sostenía una foto de su padre, arrugada y gastada por el tiempo; con la otra, se aproximaba tímidamente a los transeúntes, y la señalaba preguntando si lo habían visto. No levantaba mucho la mirada, temerosa de que alguien notara su juventud y vulnerabilidad. Cada tres o cuatro pasos, alzaba el brazo con la fotografía, pero la multitud apresurada la ignoraba o la rechazaba con un gesto. Una gota de lluvia empañó la imagen y Naran la limpió con su mano ennegrecida. Intentó mostrársela a una mujer, pero esta movió la cabeza en silencio y se alejó.

Ya sin esperanza, se aproximó a un edificio y se apoyó, dejando que su fría fachada sostuviese su tristeza. Otro día

sin noticias. Con un movimiento brusco, intentó arroparse mejor con su chaqueta, pero el viento gélido le provocó un escalofrío. *Debería haber cogido ropa de abrigo cuando me escapé del centro*, pensó mientras se regañaba a sí misma. Ya había huido en busca de su padre varias veces ese mes, y en ese momento se culpaba por no haber aprendido a preparar mejor su mochila. Apenas tenía ropa y, peor aún, estaba mojada. Si no encontraba refugio pronto, sabía que no sobreviviría a la helada de la noche.

Resguardada bajo la fachada, observó cómo los goterones empapaban sus zapatos desgastados. Su atención, sin embargo, estaba lejos de allí: vagaba perdida entre las imágenes que se desplegaban en su mente por el olor a sopa que surgía de un ventanal cercano *¿Qué estarán cenando en el centro?*, se preguntó mientras las memorias del internado volvían a su mente. Nada distaba tanto de la gélida y hostil calle como del ambiente metálico del centro de menores. El trato indiferente de los cuidadores, la desconexión entre los jóvenes..., todo era frío. Pero allí en la oscuridad, aquella frialdad le parecía una forma de seguridad. *Tal vez debería volver*, pensó, sintiéndose como un árbol solitario en una llanura helada.

Un ruido la hizo tensarse. Miró hacia la izquierda y vio cómo un hombre, un vagabundo, se aproximaba arrastrando con dificultad un carrito de supermercado lleno de objetos desvencijados. El hombre se detuvo frente a ella, con la mirada perdida, y le ofreció una manta vieja y roída.

—No, estoy bien, gracias —contestó Naran, ladeando la cabeza para evitar el olor rancio de la prenda ofrecida. No quería entablar conversación con un desconocido.

El hombre la miró con una expresión que no logró descifrar y susurró:

—Vienen tiempos oscuros.

Le entregó un panfleto antes de continuar arrastrando el carrito.

Naran bajó la mirada hacia el papel y levantó los hombros, sin saber muy bien qué decir. Su necesidad era primaria, demasiado inmediata como para preocuparse por los tiempos que venían.

—Estas calles han sostenido el peso de varios imperios. Hubo una época en que los países decían haber traído civilización a los millones de indígenas que esclavizaron y mataron —dijo el hombre sin detenerse—. Ahora, los sectores centrales hacen lo mismo con nuestras mentes.

—¿Qué tiene que ver eso con Karanza? —preguntó Naran, leyendo el nombre en el panfleto.

—Karanza es un refugio, es nuestra única esperanza de resistir. Busca allí, tal vez encuentres las respuestas que necesitas.

—¿Le has visto? —preguntó entonces, mostrando la fotografía—. Es mi padre, y no tengo noticias suyas desde hace un mes.

—Busca en Karanza.

—¿Cómo llego hasta allí? —insistió Naran, buscando señales en el folleto que indicaran la dirección a tomar. Al levantar la mirada, observó al hombre, que doblaba la esquina del callejón, gritando mientras desaparecía.

—¡Recuerda! —susurró en su retirada—, todo colonizador tiene sus grietas. Ningún imperio es para siempre.

El peso de las circunstancias hizo que Naran se derrumbara. Aquellas palabras, cargadas de verdad amarga, golpearon algo profundo en ella. Durante años se había sentido en consonancia con ideas como esas, cargándolas como una mochila. Pero en ese momento, debía admitir que no le habían dado respuestas, sino solo más peso. El vagabundo le reflejaba algo que temía: su propio miedo a ser marginada. *Si estuviera*

conectada al sistema, no estaría en esta situación. Necesito encontrar rápidamente a mi padre, pensó mirando el panfleto con desesperación.

No había podido localizarlo: las líneas móviles estaban cortadas para los civiles, y solo las comunicaciones a través de MIO estaban activas. Por lo que se encontraba en la misma situación que aquel hombre: desterrada de todo lo que alguna vez consideró suyo, deambulando, dividida, reconociendo con rabia que una parte de ella anhelaba acceder a esa nueva realidad establecida. Una ola de rechazo e ira la atravesó, y entonces alzó la voz: ¡¿Qué culpa tengo yo de no poder acceder a ese maldito programa?!, gritó mientras las lágrimas empapaban los mechones de cabello oscuro que se amontonaban sobre su frente. Se limpió la frente con el brazo, despejando sus ojos verdosos y rasgados, y volvió a mirar el panfleto, preguntándose qué podía hacer.

El dolor en su pecho se intensificaba, el aire frío le rasgaba los pulmones y apenas sentía las manos: la temperatura descendía con rapidez. No podía regresar al centro de menores; la atmósfera metálica de aquel lugar también le producía escalofríos. Los jóvenes allí no sabían qué estaba ocurriendo realmente. *¿Por qué nos tienen allí? ¿Nos han convertido en reclusos solo porque no somos compatibles con el sistema?*, pensaba con una mezcla de frustración y angustia. Pero tampoco podía acudir a la policía, pues la devolverían al centro, donde le repetirían lo mismo de siempre: que Alan, su padre, estaba ocupado con el proyecto de investigación y que, debido al estado de alarma, debía seguir los mandatos. Pero ya no podía aceptar esa situación, tenía que encontrarlo.

El folleto en sus manos era un objeto frágil, pero entonces parecía un ancla. Naran necesitaba saber si la última actualización del sistema era segura, si con ella podría convertirse finalmente en una compatible. Miró nuevamente las

palabras impresas... *Karanza podría ser una solución si no logro encontrar a mi padre*, se dijo intentando apaciguar la incertidumbre que la devoraba.

Un viento gélido sopló algo contra sus manos. Sorprendida, Naran agarró una pluma *¿Cómo podría un ave sobrevivir en este inhóspito clima?*, se preguntó. Durante unos instantes, aquella pluma de cóndor, tan simple y ligera, evocó en ella paisajes lejanos y cálidos, donde la naturaleza ofrecía refugio. Sintió mentalmente la frondosidad de los árboles y el intenso verde de las copas, y una paz momentánea la envolvió. Pero el pasado era solo un eco, una voz que, como aquellas ráfagas de viento, le azotaba sin piedad; un canto de recuerdos caducos y esperanzas quebradas. En ese momento, el presente la aterrorizaba: calles desoladas, edificios abandonados, luces de neón que chillaban colores y mensajes repetitivos sobre MIO, esa realidad artificial proyectaba horizontes que prometían todo y ofrecían nada. Esos paisajes eran confines virtuales que ella temía, pero que también ansiaba, y a los cuales no podía acceder por ser una incompatible.

Con esos pensamientos, vagó distraída por un tiempo fuera de sí, recorriendo con ojos sonámbulos las sombras de la noche. Otra ráfaga helada la sacó de su ensoñación y le recordó de nuevo quién era: Naran, una chica de diecisiete años que había sido testigo de una realidad que se estaba desvaneciendo ante el inminente confinamiento de la población, destinada a hibernar en búnkeres conectados al sistema MIO durante la glaciación. Aquello le producía un dolor tan real como inútil. Al comprenderlo, se sacudió la nostalgia que usaba como único cobijo, y un impulso la incitó a sobrevivir, tenía que encontrar rápidamente un lugar donde pasar la noche.



El viento soplaba con fuerza mientras Naran avanzaba tambaleándose por las desoladas calles del sector periférico. En medio de la penumbra, desorientada, apenas reconocía el eco de sus pasos. Las piernas ya no le respondían, pues el agotamiento se hacía evidente en cada movimiento. Para intentar sacudirse el entumecimiento, dio un par de saltos, aunque el alivio fue efímero. Sus ojos adormecidos vislumbraron un refugio bajo las escaleras de un antiguo edificio, un lugar escondido que prometía algo de respiro para pasar aquella noche interminable. Con las últimas fuerzas que le quedaban, se dirigió hasta allí arrastrando cajas de cartón de un contenedor cercano para sellar la entrada de su improvisado refugio.

Pero al llegar, la cruda realidad la golpeó, el suelo estaba mojado por las recientes lluvias. Un charco le sirvió de pantalla y desvió la mirada hacia su superficie, donde sus pensamientos proyectaron los mismos resultados de la gráfica, que se repetían una y otra vez tras cada prueba, junto a un texto parpadeante: incompatible. Un aliento de aire helado la devolvió al presente. Al mover la cabeza, intentó sacudirse aquellos recuerdos, pesares que la perseguían como sombras persistentes.

La imagen de su cálido hogar, aquel que alguna vez compartió con sus padres, cruzó su mente, ofreciéndole un cobijo fugaz; un escalofrío recorrió su espalda y dejó ir el recuerdo con un suspiro, aunque su partida dejó un vacío doloroso. Con lágrimas en los ojos, se dirigió a los contenedores para buscar alguna alternativa y un repentino calambre recorrió sus piernas, tensando su cuerpo al límite. Sabía que no podía permitirse el lujo de detenerse en ese estado emocional, necesitaba reunir fuerzas para sobrevivir. *No hay tiempo*, se repetía mientras observaba sus manos moradas por el frío.

De repente, gritos distantes rompieron el silencio. Giró la cabeza en dirección al sonido y vio a dos adolescentes corriendo a toda velocidad, cruzando una avenida principal. Para

su sorpresa, los chicos doblaron una esquina y se adentraron en el mismo callejón donde ella se encontraba. Una furgoneta se acercaba tras ellos, intentando cortarles el paso.

Naran retrocedió, sorprendida por la incertidumbre. Estaba demasiado exhausta y absorta en sus pensamientos como para reaccionar. *Solo quiero descansar*, pensó deseando por un momento escapar de la angustia que la consumía. Pero algo dentro de ella la puso en alerta, sus sentidos se afilaron y su cuerpo reaccionó instintivamente. Con un salto, como un animal en guardia, salió de su letargo, y reconoció la furgoneta que se aproximaba. *No puede ser*, murmuró, asombrada.

El zumbido de los drones patrullando llenaba el aire, estaba acompañado por el eco estridente de las alarmas. La furgoneta avanzaba rápido y Naran, empujada por el instinto de supervivencia, siguió a los dos adolescentes. Aunque su cuerpo estaba al límite, algo en su interior le dio fuerzas. De pronto, un calambre la derribó al suelo, pero una mano apareció rápidamente para ayudarla a incorporarse. El joven la impulsó de nuevo hacia la acción y Naran lo miró con gratitud, sin aliento para articular palabras.

—¡Apresúrense! —gritó la chica que lideraba la huida mientras subía por unas escaleras exteriores.

—¡Síguela! —exclamó el muchacho, todavía sosteniéndole el brazo—. Puedes confiar en ella, es mi hermana Maia.

La voz del chico era urgente. Maia les indicó que se adentraran en el edificio a través de una ventana rota. Mientras subían por las escaleras de la fachada, Naran observó los movimientos ágiles y decididos de la chica. Maia, corpulenta y veloz, llevaba una capucha negra que ocultaba sus facciones; su vestimenta amplia y funcional reforzaba su aire de determinación.

Pero en un momento, Naran resbaló y cayó hacia atrás. Instintivamente, se aferró a la pierna del chico para evitar una

caída peor, y ese contacto fugaz le hizo darse cuenta de que él llevaba una prótesis. Ese pequeño detalle le permitió vislumbrar la relación entre los hermanos, Maia era la protectora de su hermano. Su fuerza y determinación provenían de la necesidad de mantenerlo a salvo—y de algún modo eso también hizo que Naran se sintiera segura. Esa percepción se convirtió en un ancla en medio del caos.

Por primera vez en mucho tiempo, sintió una conexión con alguien, aunque fueran completos desconocidos.

Finalmente, ingresaron por la ventana descorchada y Naran se dejó caer al suelo, jadeando. Cerró los ojos por un momento, tratando de procesar todo lo que había sucedido. Pero su mente era un torbellino de imágenes y emociones *¿Cómo llegué aquí?*, se preguntó, abrumada por los últimos días de huida y desesperación. El agotamiento la venció, y se adormeció por unos instantes, hasta que una sacudida la despertó bruscamente. El chico la llamaba con una voz cargada de pánico.

Naran abrió los ojos y sintió que la realidad se deslizaba entre sus dedos, mezclándose con lo que parecía un sueño: los ruidos de pasos pesados resonaron por el edificio y, a través de un hueco en la escalera, vieron a uno de los hombres de seguridad ascendiendo, cada vez más cerca.

—¡Néstor! —gritó Maia, irritada al ver a su hermano dando vueltas sin sentido—, ¡concéntrate!

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó él, nervioso.

—¡Espérenme aquí! —ordenó Maia antes de correr por la vivienda en busca de otra salida. Al regresar, se detuvo para recuperar el aliento y señaló una nueva dirección.

—Bajaremos por las escaleras exteriores que están del otro lado.

Naran, sin embargo, se detuvo de repente. Su mente se abstraía y ante ella se desplegaron diferentes posibilidades.

Podía ver cómo cada elección afectaría su destino y el de sus compañeros. La realidad, maleable ante sus ojos, se transformaba en un abanico de futuros potenciales. Aunque no podía garantizar la certeza de lo que veía, su intuición se amplificaba con cada percepción.

—¡Esperen! —exclamó con firmeza. Su tono detuvo a los hermanos, que la miraron con sorpresa.

—¿Qué sucede? —preguntó Maia, con ansiedad evidente.

—¡Por ese camino no! —dijo Naran convencida. Las imágenes y sensaciones que acababa de experimentar reforzaron su decisión. Aunque no podía explicarlo del todo, sabía que seguir por las escaleras exteriores sería un error.

—¿Cómo estás tan segura? —inquirió Néstor, escéptico.

—He considerado las posibilidades: otro vehículo viene en esa dirección. Si seguimos por allí, nos atraparán en el callejón.

Los hermanos intercambiaron una mirada de complicidad, dudando de la certeza de Naran, pero el ruido creciente de la puerta siendo forzada los empujó a actuar.

—¡No hay tiempo, vamos! —dijo Naran con determinación.

A pesar de sus dudas, Maia y Néstor la siguieron. Salieron por la puerta trasera y descendieron en silencio hacia un oscuro aparcamiento subterráneo. Buscaron entre los vehículos algún lugar donde esconderse. Después de varios intentos infructuosos, Naran notó que la ventanilla de una furgoneta estaba abierta. Se deslizaron dentro y se acurrucaron en el suelo, conteniendo la respiración mientras los hombres de seguridad pasaban cerca.

Cuando finalmente escucharon el sonido de las patrullas alejándose, el grupo soltó un suspiro de alivio. Naran, temblando aún por el peso de su decisión, apretó la fotografía de su padre contra su pecho. En medio de la oscuridad, su mente

intentaba encontrar claridad. Aunque las dudas persistían, un pensamiento se aferraba a su interior: todavía había esperanza.



Alan, con la mirada vidriosa tras otro largo día, escuchaba a Nélide hablar, como si estuviera lejos. El cansancio se reflejaba en su rostro; su mente oscilaba entre la responsabilidad del proyecto y sus preocupaciones personales. Las últimas semanas habían sido extenuantes para todo el personal del Centro de Investigación, pero él se sentía particularmente agotado.

—Entonces, Alan, con lo que hemos avanzado hoy, ¿crees que estará listo el informe para la fecha prevista? —preguntó Nélide, su voz estaba cargada de ansiedad—. Ya sabes que como máximo tenemos hasta la próxima semana.

Alan soltó lentamente un dispositivo conectado a un ordenador por varios cables y apartó la silla para reclinarsse en su asiento. La luz brillante del despacho le molestaba y cerró los ojos con fuerza mientras estiraba su cuerpo en un intento de aliviar la tensión.

—¿Estás bien? —continuó ella sin ocultar su preocupación por el estado de su compañero.

El silencio de Alan fue suficiente respuesta: los Incompatibles estaban a punto de llegar al centro y todo debía estar preparado para que la última fase del proyecto fuera aprobada. La presión que recaía sobre ellos era inmensa y estaba alimentada por la constante interferencia de Margot, la coordinadora, quien, temerosa de ser destituida por los sectores centrales, cambiaba los planes a cada momento. El ambiente estaba cargado de tensión.

—Sabes que me metí en este proyecto por mi hija —respondió Alan finalmente bajando la cabeza, como si se dirigiera más a sí mismo que a Nélide—. Bueno, quiero decir... por toda

una generación de chicos, por apostar por sus posibilidades. Aunque las circunstancias sean adversas, ya sea en lo social, lo climático o lo financiero, todos deberían tener la oportunidad de ser lo que quieran ser, y no quedar relegados por la fuerza de algo más grande que ellos.

Nélida asintió lentamente, deseando que la conversación no se alargara, pues era tarde y al día siguiente tenían una reunión crucial en la que debían mostrar avances sólidos. Los resultados debían convencer a todas las partes; de no ser así, el proyecto podía estar condenado. Sin embargo, la fatiga de Alan parecía empujarlo a expresar las dudas que llevaba reprimiendo.

—¿Crees que cada uno de esos chicos puede encontrarse con ese milímetro de suerte, con ese segundo que puede cambiar completamente su vida? —preguntó él, haciendo una pausa para exhalar y liberar parte de la presión que sentía—. ¿Crees que, al estar conectados a una máquina, aún pueden encontrarse con su destino? ¿O que están condenados a hacer lo que los adultos queremos de ellos? Peor aún: lo que un programa decide por ellos.

Nélida lo observó, su preocupación por él iba creciendo a cada instante.

—Creo que llevas demasiadas horas sin dormir, Alan —respondió con delicadeza.

Alan se inclinó hacia adelante, cubriéndose el rostro con las manos. Su voz tembló ligeramente cuando preguntó:

—¿Crees que soy un buen padre? Estoy tan metido en esto que siento que me estoy alejando de ella.

Su compañera apoyó una mano en su hombro como un gesto silencioso de apoyo.

Alan sabía que tenía razón, pero el peso de sus pensamientos lo mantenía atrapado. Sentía que estaba luchando por mantener un barco a flote, tratando de equilibrar las expectativas de todas las partes involucradas en el proyecto. Pero si

las cosas no salían bien en la reunión del día siguiente, tendría que tomar una decisión difícil, tal vez incluso abandonar todo por lo que había trabajado.

Esa noche, después de semanas de intentos fallidos, trató de contactar a su hija, pero las comunicaciones estaban interrumpidas. La sensación de impotencia lo abrumó y la incertidumbre se convirtió en su sombra. A pesar de todo, el escáner estaba completo, y Alan confiaba en que su trabajo valdría la pena; creía que, finalmente, los directivos del proyecto comprenderían por qué algunos de los adolescentes no podían conectarse a MIO. Sin embargo, en el fondo de su agotamiento, una duda persistía: ¿realmente estaba haciendo lo correcto? ¿Podría este esfuerzo evitar que el proyecto y que todos los chicos a quienes trataba de proteger se hundieran en un sistema que parecía inevitable?

—Necesitas descansar —dijo Nélica con firmeza.



La luz de la mañana se reflejó en el espejo retrovisor de la camioneta, iluminando el rostro de Naran. El reflejo del sol la despertó con un parpadeo incómodo y Maia, con urgencia en su voz y en sus movimientos, la sacó de su somnolencia.

—¡Despiértense, tenemos que irnos rápido! —exclamó, sacudiendo a Néstor y a Naran—. ¡Alguien podría venir al garaje en cualquier momento!

Los eventos recientes todavía reverberaban en la mente de Naran como una marea confusa. Las imágenes de las últimas horas, llenas de carreras y tensión, se desvanecieron mientras se obligaba a enfocarse en el presente. Todavía aturrida por el cambio abrupto en su entorno, tardó un momento en procesar dónde estaba. Maia, viendo que Naran seguía desorientada, se inclinó hacia ella.

—¿Estás bien? Necesitamos movernos ya —insistió, su tono fue firme pero no agresivo.

Naran asintió lentamente, sintiendo cómo la realidad la presionaba desde todas las direcciones. Néstor, aún con el rostro adormilado, pero con la curiosidad despertando en su mirada, rompió el silencio:

—¿Cómo sabías que venía un segundo coche por el otro lado del edificio?

La pregunta sacó a Naran de su ensimismamiento. Recordó cómo había visto esas imágenes en su mente, cómo su intuición había captado algo que los demás no podían prever. Pero dudó antes de responder, insegura sobre cómo explicarlo.

—Creo que... seguí mi intuición —murmuró, casi en un susurro—. Me llamo Naran.

Pronunciar su propio nombre la hizo titubear. Decirlo en voz alta la obligaba a enfrentarse a una parte de sí misma que parecía difusa, fragmentada por recuerdos dolorosos que no lograba encajar. Las palabras parecían quedarse atrapadas en su garganta, cada sílaba estaba cargada de una incertidumbre aplastante. Maia la observó con atención: sus ojos intentaban desentrañar algo más en el rostro de la joven. Sin embargo, Naran bajó la mirada, incapaz de sostener el contacto visual. La tensión en su pecho era sofocante y, aunque quería confiar en ellos, una parte de ella seguía alerta, incapaz de dejar de verlos como extraños. Finalmente, encontró una forma de conectarse con ellos, aunque fuera desde una herida compartida.

—Hace dos días que me escapé de un centro de menores y no quiero regresar. Estoy buscando a mi padre.

Las palabras quedaron suspendidas en el espacio estrecho del vehículo. Maia y Néstor intercambiaron una mirada breve pero cargada de comprensión. Después de un breve silencio, Maia habló y compartió su propia historia: los hermanos también habían escapado de un centro para incompatibles, y

entonces estaban tratando de llegar al suburbio de Karanza, donde esperaban reunirse con sus padres.

Maia era mayor que Naran, y su presencia transmitía una madurez que superaba su edad; su cabello rapado y sus facciones marcadas le daban un aire combativo, reforzado por su complexión alta y su espalda ancha. Aún no había cumplido dieciocho, lo que significaba que no le habían implantado el dispositivo para la conexión permanente a MIO, no tenía el distintivo de integración en la base de su nuca.

Néstor, más joven, rondaba los dieciséis años y contrastaba con su hermana en muchos aspectos: su figura era más delgada y delicada, con ojos rasgados que reflejaban una mezcla de curiosidad y temor. Era evidente que Maia llevaba las riendas del dúo, y él parecía refugiarse en su fortaleza.

—Karanza... —repitió Naran, dejando que el nombre resonara en su mente. Una imagen del panfleto que le habían dado la noche anterior cruzó por su pensamiento—. ¿Qué está pasando allí?

—En Karanza se están reuniendo todos los que no están de acuerdo con la nueva actualización del programa MIO. Hay gente que no quiere conectarse o que no puede hacerlo. Es nuestra última oportunidad —respondió Maia con un tono que combinaba determinación y preocupación. Y cambió de postura, su rostro se endureció y continuó:

—Además, nuestro padre está enfermo. Nuestra madre está con él, y con todo este caos, decidimos que lo mejor sería refugiarnos con ellos.

La revelación de Maia dejó a Naran pensando. La idea de Karanza, que hasta hace poco había sido un nombre vacío para ella, comenzaba a adquirir un significado más profundo. La opción que se le presentó la noche anterior empezaba a parecer menos abstracta y más urgente.

—¿Están seguros de que esto está ocurriendo en Karanza? —preguntó buscando alguna certeza.

—Sí, una parte de la población se está rebelando contra las órdenes de los sectores centrales —afirmó Néstor con una convicción inesperada.

—Están hartos de que los Sectores A y B sean usados como un laboratorio social por los controladores del sistema. El Sector A fue el primero en conectarse a MIO, y en el Sector B ya casi toda la población está conectada, ahora sabemos que hay efectos adversos apareciendo en quienes permanecen dentro del sistema. —continuó Maia con una voz cargada de rabia.

Una sensación de cambio comenzó a llenar a Naran, como si el aire a su alrededor cobrara un nuevo peso. Encontrar a otros con un propósito la hizo sentirse menos sola en la búsqueda de su padre. La idea de acompañarlos en su viaje comenzó a solidificarse en su mente.

—Iré con ustedes a refugiarme en Karanza si no encuentro a mi padre en el camino —anunció con su voz teñida de agradecimiento y resolución.

Maia asintió sin mostrar sorpresa. Parecía que ya lo esperaba.

—Entonces, nos vamos ya. —Su tono era decisivo—. Han empezado a cortar las comunicaciones entre los suburbios para evitar que la gente se mueva; no quieren que más personas se desplacen hasta allí. Debemos salir antes de que sea demasiado tarde.

La urgencia del momento los empujó a actuar. Juntos comenzaron a recoger lo poco que tenían, preparándose para el siguiente tramo de su incierto viaje hacia el poblado de la resistencia.



Maia encabezaba el grupo y señaló con un gesto discreto que se dirigieran hacia la plazoleta mientras abandonaban el garaje, pues era crucial evitar las principales avenidas del sector.

Néstor, con la astucia de quien ha aprendido a sobrevivir en la precariedad, tomó un desvío hacia unos establecimientos abandonados y regresó con varias latas de conserva. El leve crujir de los envases en sus manos pareció ser, por un instante, una pequeña victoria en medio de la incertidumbre.

Los primeros rayos de sol se filtraban entre los edificios, bañando las calles con una luz tenue que apenas lograba atravesar la persistente niebla matinal. En la distancia, las cimas de las montañas lucían sus primeras nieves: un recordatorio implacable de la glaciación que se avecinaba.

—¿Cuánto tiempo crees que queda? —preguntó Naran, su voz tenía una mezcla de curiosidad y temor.

Maia respondió sin apartar la vista del horizonte, con un tono firme pero teñido de cierta melancolía:

—En unas semanas, estas calles estarán completamente congeladas. Ya no se podrá vivir en la superficie.

—¿Y en Karanza? ¿Crees que la gente podrá sobrevivir? —insistió con la preocupación asomando en cada palabra.

Maia suspiró, sus ojos se perdían en el reflejo de las luces de los sectores centrales a lo lejos.

—Han construido una red de galerías subterráneas. A pesar de todo, va a ser un desafío pasar tantos meses encerrados. Pero prefiero esa situación a estar conectada a MIO, desconectada de lo que realmente importa: mi familia.

Néstor, caminando unos pasos detrás, añadió con un peso evidente en su voz:

—Estamos preocupados por nuestro padre.

Naran asintió en silencio, deteniéndose por un instante para asimilar las palabras de Maia. Había algo en la determinación de los hermanos que la desconcertaba: ellos no querían

conectarse al sistema, mientras que para ella, la conexión con MIO parecía ser la única salida, un último intento desesperado por encajar y escapar de la sombra de ser una incompatible. La vergüenza de su situación la hacía rehuir hablar del tema. Aún tenía el reflejo de ocultarlo, temiendo el rechazo y el juicio que tantas veces había enfrentado.

Un llanto distante rompió la monótona cadencia de la marcha. Desde un alto, el grupo observó cómo una brigada de policías desalojaba a varias familias de sus viviendas; y cómo en la plaza, un autobús esperaba con las puertas abiertas mientras los agentes forzaban a abordar a las últimas personas que quedaban en el suburbio. El Sector B estaba en alerta y las órdenes de evacuación eran implacables. La mayoría de la población obedecía, viéndolo como la única salida a la crisis, invernar en los búnkeres.

Los edificios, desprovistos de humanidad, se alzaban como monumentos al pragmatismo frío de la tecnocracia. En su interior, no eran ya más que celdas vacías mientras que los habitantes eran movilizados como números en un sistema que se resguardaba de la glaciación dentro de la eficiencia de los algoritmos.

Una familia esperó hasta el último momento antes de ser separada: una madre sollozando intentaba arrastrar a sus hijos pequeños hacia el autobús, tenía un bebé en brazos y pocas pertenencias a cuestas. Su rostro reflejaba la impotencia de tener que elegir entre obedecer o ser destruida por el sistema. Los niños se aferraban a sus piernas gritando mientras el padre intentaba calmarlos. Y finalmente, la familia se despidió con un abrazo desgarrador. La madre con el bebé en brazos fue llevada hacia un alojamiento especial. El padre y los niños eran obligados a subir al vehículo.

Naran observaba todo aquello con angustia e impotencia, el peso de aquella realidad parecía clavarse en su pecho. Se

preguntó cuántas familias, cuántos niños estarían enfrentando un destino similar. Esa sensación la inmovilizó por un instante, hasta que sintió la mano de Néstor tirando de su brazo.

—No podemos detenernos —dijo con un tono firme pero comprensivo.

A Naran no le respondían las piernas; su cuerpo temblaba bajo el impacto emocional de todo lo que había presenciado, pero sabía que debía seguir adelante. Maia y Néstor apuraban el paso, ansiosos por reunirse con su familia.

Cruzaron varios barrios y se detuvieron en un centro comercial abandonado. Las pantallas parpadeantes aún proyectaban anuncios de MIO, promocionando la seguridad y comodidad de la vida conectada. Maia, ocultando su rostro bajo la capucha, rebuscó en un contenedor cercano y regresó con algunos envases de comida.

—Tenemos que seguir —dijo moviendo la cabeza en dirección a un túnel que conectaba con las afueras del sector.

Mientras avanzaban por el conducto, Naran volvió a sentirse acechada por la incertidumbre. En el último siglo, el mundo había cambiado de manera impredecible: primero aparecieron las inundaciones que cubrieron la mayoría de las naciones, después, la delimitación de los sectores centrales y los confinamientos por epidemias. En ese momento, la inminente glaciación amenazaba con imponer un largo encierro que borraría los pocos vestigios de humanidad que quedaban. *¿Habrá sido más fácil vivir en la época de las naciones?*, se preguntó en silencio, mientras observaba a Maia y a Néstor cruzando velozmente una avenida. Apuró el paso al notar que se había rezagado, su corazón estaba acelerado por el miedo y la adrenalina. Aunque las sombras del pasado y del presente la perseguían, no podía permitirse quedarse atrás. Tenía que seguir adelante, incluso si eso significaba enfrentarse a un destino que aún no comprendía del todo.



Sin advertencia alguna, un temblor feroz sacudió el asfalto bajo los pies de Naran, haciéndole perder el paso, y sintió cómo su corazón se aceleraba al compás de aquel movimiento mientras sus extremidades se tornaban pesadas, como si estuvieran hechas de plomo derretido. Una sensación vertiginosa invadió su mente: el mundo parecía doblarse y desdoblarse frente a sus ojos, revelando una maraña de destellos y líneas que se entrelazaban como un tapiz fracturado.

La realidad se desgarró ante ella y abrió múltiples direcciones.

Naran, desorientada, percibía cómo dimensiones alternas se entremezclaban y colapsaban sobre sí mismas en su mente aturdida. Era como si todas las posibilidades que alguna vez existieron se desplegaran en un solo instante, saturándola con una cascada de impresiones. Y allí, en medio de aquel torbellino de percepciones, surgió una figura inesperada: un animal blanco, una llama, con atavíos de colores vivos adornando sus orejas y cuello, avanzó con paso sereno, irradiando una calma inexplicable.

Algo en su presencia despertó ecos de la infancia de Naran, recuerdos enterrados que resurgían con fuerza, golpeándola con una mezcla de nostalgia y confusión. Pero el animal no estaba solo. Junto a él, al borde de un paisaje montañoso que parecía surgir de otra realidad, estaba una mujer mayor con una melena grisácea que caía en ondas sobre sus hombros y con unos ojos oscuros y penetrantes que brillaban con una intensidad que desafiaba toda lógica. Tenía la piel curtida por el sol y unas arrugas marcadas en su rostro que contaban historias de una sabiduría ancestral. Su figura, sólida y etérea a la vez, parecía moverse entre capas que no se veían con los ojos. Los Pachas, los hilos invisibles del tiempo, vibraban con ella.

Naran sintió cómo ambas presencias, la de la llama y la de la mujer, se entrelazaban en una danza simbólica que trascendía la comprensión. Por un instante, el tiempo y el espacio dejaron de existir tal como los conocía. Era como si el tejido de la realidad misma hubiera sido rasgado le permitiera entrever un mundo vasto y lleno de posibilidades. Un profundo silencio envolvió su interior mientras las imágenes, sonidos y emociones se entrelazaban en una sinfonía imposible.

De pronto, el ruido chirriante de los automóviles la devolvió a la percepción que conocía. El caos del tráfico urbano irrumpió como una bofetada. Y Naran se encontró en medio de la carretera, rodeada de vehículos que se detenían bruscamente o que continuaban su marcha a toda velocidad, esquivándola por poco.

—¡Naran! ¡Sal de ahí! —la voz de Maia, cargada de alarma, rompió el trance.

Néstor, desde un lado de la carretera, también gritaba su nombre, incapaz de comprender por qué su compañera había quedado atrapada en esa situación absurda. Naran, todavía aturdida, intentó moverse, pero su cuerpo parecía reaccionar más lento de lo que su mente le ordenaba. Maia corrió hacia ella y, con una fuerza impresionante para su tamaño, la tomó del brazo y la arrastró hacia la acera. Néstor se unió a ellas, mirando a su hermana con incredulidad.

—¿¡En qué estabas pensando!? ¡Casi te matas! —exclamó Maia, furiosa, pero también conmocionada.

Naran, sin responder, giró la cabeza hacia la carretera. Buscaba algo, cualquier rastro de la llama o de la mujer, pero todo había desaparecido. Las montañas, los colores vivos, incluso la sensación de plenitud que había experimentado, todo se había desvanecido por completo. Solo quedaba el gris frío de la ciudad y el ruido opresivo de los motores.

—¿Estás bien? —preguntó Néstor, con tono de preocupación.

—Sí... —respondió, aunque no estaba segura de si era verdad. El enigma de lo que acababa de experimentar seguía girando en su mente como un eco persistente.

Maia, aún alterada, trató de recobrar la compostura mientras ajustaba la mochila sobre su hombro.

—Tenemos que seguir, no podemos quedarnos aquí. —Intentó mostrarse tranquila, pero el temblor en sus manos la delataba.

Naran asintió lentamente, aunque su mente seguía atrapada en el recuerdo de la llama y la mujer *¿Qué fue eso? ¿Un sueño? ¿Una alucinación?*, pensaba mientras avanzaban por las calles desiertas. Pero algo en su interior le decía que no había sido ni lo uno ni lo otro. Esa experiencia, por inexplicable que fuera, había dejado una huella imborrable.

Mientras caminaban, la experiencia se reproducía una y otra vez en su mente. El tiempo se había resquebrajado. La realidad se había abierto. Los ojos de la mujer, los pasos de la llama... seguían allí, suspendidos en su memoria. No podía recordar las palabras, pero sentía su peso.

Algo dentro de ella se había agitado. Algo que llevaba mucho tiempo dormido.

Finalmente, Maia rompió el silencio:

—Lo que sea que pasó allá atrás, déjalo ir. Ahora lo importante es llegar a Karanza.

Naran no respondió, pero apretó los puños con fuerza, consciente de que no podía ignorar lo que había visto. Aunque el significado aún le resultaba esquivo, algo dentro de ella intuía que aquel encuentro era una clave, una puerta hacia algo más profundo. Su percepción del tiempo y de la realidad comenzaba a resquebrajarse, dejando entrever que nada volvería a ser como antes.

Esa mujer, ese animal... ¿Qué me está sucediendo?, se repetía en un atropellado diálogo interno. El enigma de aquel encuentro permanecía como un susurro de otro tiempo, envolviéndola en una travesía hacia territorios inexplorados, tanto del mundo como de su propia mente.



Los chicos saltaron una barandilla y atravesaron unos barriales, donde había abandonados varios vagones oxidados que alguna vez formaron parte de trenes de carga. La humedad del terreno empapaba sus zapatos y dificultaba cada paso, pero Maia, con determinación, se detuvo para señalarles la dirección correcta.

—En la plataforma de la derecha, están los trenes que parten hacia el norte, a Karanza —dijo en voz baja, girándose hacia los demás—. Podemos rodear y entrar a la plataforma pasando por el descampado.

Naran intentaba seguir el ritmo de Maia y Néstor, pero su mente continuaba atrapada en un torbellino de imágenes. Las percepciones que la habían desconcertado en la carretera seguían apareciendo, interrumpiendo su concentración y mezclando fragmentos del pasado y del presente en una maraña confusa.

—Un momento —dijo de repente, deteniéndose. Su tono era de advertencia—. Una patrulla está entrando en la estación. Se dirige al próximo tren con destino a Karanza. Tendremos que esperar a que anochezca y subirnos a uno de los vagones de mercancías.

Néstor bufó, claramente irritado.

—¡Otra vez con tus visiones, Naran! No hay tiempo para eso. ¡Sigamos! —exclamó mientras tiraba del brazo de su hermana para que continuara caminando.

Pero la cara de Maia cambió instantáneamente. Su preocupación la hizo detenerse.

—¿Qué ocurre, Naran? ¿Qué has visto?

—No ha visto nada, solo quiere retrasarnos —intervino Néstor, con un toque de impaciencia en su voz—. No está segura de venir con nosotros a Karanza y necesita más tiempo para pensar o para esperar a que aparezca su padre...

—Una patrulla se dirige a ese tren —advirtió Naran con urgencia.

Maia, proporcionando un margen de confianza, respondió:

—La estación está casi vacía. Nos detendremos aquí un momento y podremos ver si lo que dices es cierto.

Néstor hizo un gesto de desacuerdo y siguió avanzando.

—Estoy cansado, necesito subir a ese maldito tren. Si no vienen ahora conmigo, nos veremos en Karanza.

—Espera —advirtió Maia, señalando la patrulla que acababa de entrar en la estación—. Naran tiene razón... esperaremos entonces a que anochezca.

Hicieron tiempo comiendo en silencio, hasta que Néstor lo rompió aprovechando que su hermana se adelantó para ver si ya estaba despejado y podían continuar.

—Yo preferiría haber seguido conectado a MIO, en vez de tener que ir a Karanza, pero...

Naran lo miró fijamente, preguntándose a qué se debía su contrariedad.

—Lo que pasa es que a los dos nos desconectaban del programa cuando...

—¿A qué te refieres? ¿Querrás decir que no os pudisteis conectar? —le interrumpió precipitadamente, sin querer mostrar su preocupación y miedo a hablar sobre el tema.

—Ya sabes, cuando estás dentro del sistema... —Néstor se acercó más a ella y casi susurrando, como si no quisiera que

nadie más escuchara, prosiguió—. Nosotros tenemos ciertas habilidades para insertar información. Por eso nos acabaron anulando el acceso al programa llamándonos incompatibles.

—Incompatibles... esa maldita palabra —exclamó Naran.

—Yo quiero seguir intentándolo —aclaró—, así no tengo que pensar más en esto durante una temporada. —Se subió el pantalón, mostrándole la prótesis de su pierna—. Últimamente me incomoda al caminar —prosiguió—, y es una limitación. En cambio en el programa, me sentía, en cierta manera, libre. —Hizo un gesto de fastidio mientras se ajustaba la prótesis con unas tiras—. Primero quiero acompañar a mi hermana a Karanza, pero después me conectaría al programa... con condiciones.

Naran se sintió sorprendida por la apertura de Néstor para hablar sobre su incompatibilidad con el programa. Él se aproximó aún más a ella y con una tenue voz le susurró:

—¿Y tú qué habilidades tenías dentro del sistema? —indagó—. Me imagino que tampoco seguías las reglas.

Naran estaba confundida por sus palabras. Deseaba reconstruir su experiencia dentro del programa, pero las memorias se le presentaban de forma vaga y distante, como si hubieran quedado perdidas en un rincón de su mente. Su frustración crecía y en silencio, admiraba a Néstor y su capacidad para mostrarse tal como era. *Él puede expresarse libremente, mientras yo me esfuerzo por encajar, ocultando lo que me hace diferente, ocultando mi limitación*, reflexionó. Sus pensamientos la absorbieron, prolongando su respuesta una vez más.

—Yo no tengo ninguna... —respondió finalmente, como si intentara protegerse.

Néstor sostuvo su mirada penetrante sobre los temerosos ojos de la chica, y su delgado rostro se enfatizó con una sonrisa irónica.

—Después de quedarte inmóvil en medio de la carretera, pensé que habías escapado de alguno de esos lugares donde encierran a quienes no encajan. —Sus palabras se deslizaron pausadamente—. Pero sé que... —Hizo una breve pausa—. Sé que tienes miedo, sé que quieres ser compatible y que es muy injusto que nos hayan catalogado con esa maldita palabra, como tú dices. —Se aproximó lentamente hacia ella, queriendo ganarse su confianza—. Estamos en tu misma situación, Naran, y necesitamos conectarnos ya a ese programa. Durante el periodo de invernación, es MIO el que determina la realidad, y no queremos quedarnos aislados de esta. Pero también tenemos el derecho de poner nuestras condiciones...

Néstor, poniéndose de pie con un leve salto y estirando todo su entumecido cuerpo, continuó moviéndose y hablando como si estuviera interpretando un personaje que esa vez no era secundario. Sin su hermana delante, se mostraba más suelto y decidido.

—Por eso estabas en un centro de menores, por incompatibilidad y, por lo tanto, tú también tienes ciertas capacidades dentro del sistema.

Néstor asintió con la cabeza mientras sacaba un arrugado papel.

—Decidimos escaparnos porque alguien nos entregó este mensaje, que fue distribuido por Karanza.

Los ojos de ella mostraban cómo la información que él le daba la estaba impactando.

—¿Quieres saber de verdad lo que está sucediendo? —Néstor continuó mirándola con cierta ironía y superioridad.

Naran movió la cabeza afirmando. A pesar de su indecisión, necesitaba esclarecer de alguna manera toda aquella situación. Y Néstor comenzó a leer, hasta que su hermana se aproximó y él rápidamente guardó la nota en su bolsillo. Las palabras del chico penetraron en la mente de su nueva